

## CATASTROFES NATURALES Y TERREMOTOS SOCIALES

Chile ha vivido, y está viviendo, días de zozobra e incertidumbre para muchos de sus habitantes. Se empieza a discutir si lo que se ha hecho o no frente al terremoto ha sido lo adecuado o podría haber sido mejor y de otra manera. Sin duda, podría haber sido de otra manera y mejor, no solamente después de asimilar la actual experiencia, si no con lo ya conocido antes del desastre.

Ciertamente hemos apreciado improvisación, no solamente por no disponer de recursos técnicos y humanos para abordar los temas sísmicos, sino que también por ignorar las formas de tratar los impactos sociales de las catástrofes naturales.

Por cierto, la responsabilidad de los daños provocados por fenómenos naturales en donde no es posible imputar su origen a una decisión humana, no puede atribuirse a personas, grupos, gobernantes o sus instituciones, pero sí se esperaría que ellas dispusieran de capacidades para enfrentar y tratar los desastres y para prevenir y mitigar oportunamente sus consecuencias. Especialmente, gobernantes e instituciones públicas deben, dado su mandato, estar siempre preparados para no equivocarse en las estimaciones, sobrevalorar o subvalorar los impactos de las catástrofes, y tener planes de acción disponibles. Así nadie puede ser culpable del terremoto o del tsunami en tanto fenómenos naturales, pero sí pueden encontrarse culpables de una mala preparación para afrontarlos, de malas construcciones, de malos diseños, de malos planes de evacuación, de malas comunicaciones, de carreteras, hospitales y aeropuertos insuficientes, etc.

Los desastres naturales tienen importancia en tanto impactan en la sociedad. Es en la sociedad donde se los define como desastres. Es desde ella donde se calculan sus efectos, se interpretan sus consecuencias y se abordan y toman las medidas para abordarlos. Se comprende, en este sentido, que el tema de las comunicaciones sobre la catástrofe y lo que la rodea será el primer generador de respuestas sociales frente a ella, por ejemplo de decisiones sociales o personales. Es por eso que ante los desastres y sus consecuencias el manejo comunicacional es estratégico y no puede liberarse exclusivamente en la dimensión noticiosa que caracteriza a los medios de comunicación de masas. Eso último fue lo que ocurrió.

Un desastre natural tiene muchísimos efectos que requieren ser enfrentados y para ello es esencial ofrecer información clara y oportuna utilizando, a su vez, la información y oportunidades disponibles. Esa es la tarea de los gobernantes y de sus voceros en tiempos de catástrofe. A nivel global las comunicaciones de la autoridad deben ser vinculantes, normativas y decisivas. Habría sido esperable que en Chile, con su modernidad institucional y socio-tecnológica, se hubieran prefigurado escenarios y que sus instituciones especializadas hubieran estado más preparadas para eventos catastróficos. Sin embargo las respuestas, hasta donde conocemos ahora, no calzan con las expectativas. Consecuencia de ello (algo también previsible), ante la incertidumbre se originan grupos que, sin contar con un mínimo de representatividad, se forman espontáneamente, luego encuentran el apoyo masivo de pobladores para hacerse oír y en su agregación pueden generar mayores problemas que el

desastre mismo. Es por ello que el “*terremoto social*” es muchísimo más largo que el movimiento sísmico con todas sus réplicas juntas. Este terremoto tiene varios ingredientes: saqueos, estigmatización de gente inocente, violencia entre ciudadanos, rabia e impotencia. En parte, eso ocurre porque la población no tiene respuestas para enfrentar coherentemente los desastres y actúa evaluando sus posibilidades y medios de los que dispone para enfrentarlos. Eso se llama “sálvese cada uno como pueda”.

Las instituciones son fundamentales para evitar los “*terremotos sociales*”. Pero éstas, como los edificios, también pueden agrietarse y desmoronarse, eso se llama pérdida de credibilidad y de confianza. Hemos constatado que importantes organizaciones involucradas en la ayuda no se han coordinado adecuadamente pues definen la catástrofe de distintas maneras. Eso implica que las urgencias y prioridades así como los mecanismos de ayuda sean distintos, ni qué decir de la información entregada a los ciudadanos. Por eso se requiere “información oficial”, cuya ausencia o demora tiene pésimos efectos y lleva a contradicciones y obstaculizaciones mutuas. Lo que sigue también lo hemos conocido en estos aciagos días: competencias mal entendidas, envidias institucionales y búsqueda de protagonismo, todo ello en medio de un desastre mayúsculo.

La autoridad ha expresado, apenas ha podido, su solidaridad y empatía con los afectados, pero en el vocerío gubernamental ha habido tardanza en notificar los medios y acciones para afrontar la incertidumbre de la población, ante un hecho que los sigue desconcertando y frente al cual carecen de los medios para interpretarlo y abordarlo. Pocos saben qué es un terremoto en la escala de *Richter*, los factores que desencadenan un tsunami, lo que es una falla estructural o el tiempo que pueden vivir sin beber agua y qué hacer frente a ello.

Sin duda el país saldrá adelante, pero quedará una sensación amarga de constatar que no hemos aprendido las lecciones. La primera de ellas es el descuido de la responsabilidad en un país cada vez más complejo como el nuestro, en el que las acciones sobre sus ciudadanos y las decisiones que los afectan no pueden inspirarse en el puro sentido común, voluntarismo e improvisación. Ya lo hemos dicho antes: a la reestructuración del sistema público de transporte metropolitano –*transantiago*– le faltó *sociología*; en las acciones frente al terremoto del Bicentenario, esta falta ha sido muchísimo más trágica y lamentable.

Opinión de: Prof. Dr. Marcelo Arnold Cathalifaud  
Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile

jueves, 04 de marzo de 2010